



EL AQUÍ Y AHORA DE FRANÇOIS MITTERRAND

Luis Pasamar

Ya se sabe: lo esencial no es la forma. Mas ésta, con harta frecuencia, está tan íntimamente relacionada, unida a veces con el fondo, que éste queda diluído si no tenemos presente aquélla. Lo decía Unamuno: el estilo hace al hombre, y, sin llegar tan lejos, sí creemos que tras la máscara de las formas se oculta la esencia, y en el caso de los políticos, las intenciones.

Bajo la sugerencia del ahora uno de sus más escuchados asesores, Jacques Attali, Mitterrand eligió a un periodista que le motivara, que le sirvie-

ra de aguijón, que supiera sacarle lo más recóndito, aquello que, por pudor o táctica, uno difícilmente manifiesta de *motu proprio*. Necesitaba, para alumbrar debidamente, una experimentada partera y la encontró en la persona de Guy Glaise, periodista por el cual no experimentaba excesiva simpatía, dice el actual inquilino del Elíseo en alguna parte.

Tuvieron varias entrevistas centradas en una serie de temas principales, salpicadas por el sabor que da la improvisación, y el resultado de todo ello, tras una cuidadosa pincelada dada por Mitterrand, es *Aquí y ahora* *.

Más que entrevistas, los textos que integran esta obra son unos diálogos no exentos de sabor platónico, que exhalan cierto espíritu de *grandeur*. El pensamiento de Mitterrand fluye por ellos como las aguas de un ancho río, lento y caudaloso. Aguas mansas

y profundas, no siempre claras, bajo las cuales audaces remolinos arrastran a quien osa asomarse a ellas. Anida, tras la calma aparente de Mitterrand, el vértice de un pensamiento envuelto en máscaras. En todo caso, resulta difícil contemplarlo y permanecer impasible.

La obra fue publicada a finales del ochenta y, en ella, el hoy presidente de «todos los franceses» expresa las ideas de su partido y sus opiniones particulares sobre los más variados temas: la política, por supuesto, la nacional y la internacional; los hombres de su época; el arte; la literatura; la juventud; el armamento; la estrategia de su partido; la vida en general.

A la historia, y esta obra forma ya, en cierto modo, parte del pasado, la observamos condicionada por el presente; la visión del mundo que nos rodea, y es evidente que muchas de las opiniones que

se manifiestan en este libro cobran mayor relieve tras la victoria socialista en Francia.

Las posturas que adoptó Mitterrand en la campaña presidencial y tras su elección a la Presidencia de la República están meridianamente expuestas en las páginas de *Aquí y ahora*. No aceptó Mitterrand, como sugerían no siempre bien intencionadamente algunos compañeros de su partido, que era un hombre viejo, acabado y que debía ceder el puesto a un candidato más joven. No compartía el criterio según el cual el electorado comunista es inamovible. Pensaba, por el contrario, que ante la disyuntiva de tener que elegir entre el candidato de la derecha y el de la izquierda, los electores que tradicionalmente se pronunciaban a favor del PCF se inclinarian por el Partido Socialista. Y tenía el firme convencimiento de que una victoria en las presidenciales provocaría una marea hacia la izquierda, por lo cual era indispensable disolver el Parlamento, convocar nuevas elecciones legislativas y asegurarse una mayoría absoluta en la cámara; y así fue.

Llegar a estas conclusiones, imponer estos criterios a su partido, y no ceder ni un ápice cuando todos los sondeos de opinión le daban perdedor, era dar pruebas de gran audacia o de insensatez, según se miren las cosas. Por aquellos días los sondeos de opinión eran unánimes: el candidato de la izquierda saldría derrotado. Mitterrand, al analizar el resultado de esas encuestas, llegó a unas conclusiones que es de esperar tenga siempre presente: los resultados de los sondeos siempre son favorables a quien las paga. ¿Tiene en cuenta el Eliseo este criterio cuando encarga algún son-

deo de opinión? ¿No será el estado de gracia una fórmula que se han sacado las agencias publicitarias de debajo de la manga? Queremos creer que no. En todo caso está visto que nuestro castizo «quien paga manda» funciona también más allá del Pirineo.

Al margen de los análisis de carácter político que, por supuesto, es lo que más abunda en este texto, nos topamos con referencias de innegable valor a su infancia, a la educación religiosa que recibió, a la influencia de una Iglesia conservadora en amplios sectores de la sociedad francesa de antes de la Segunda Guerra Mundial, a la evolución de ésta, a la aparición de corrientes cristianas progresistas, al pensamiento cristiano que ha sabido adaptarse y acercarse a los desheredados, al personalismo de Emmanuel Mounier.

La personalidad de Mitterrand, animal político por excelencia, se mueve entre dos polos que, sin ser irreconciliables, hace que su ser se debata en una constante contradicción: la tentación política y la tentación literaria, la admiración que siente por el creador, por el artista en su más amplia acepción. ¿No habrá algo de coqueteo en esa postura? El marcado interés que su gobierno ha manifestado por la cultura, se ha doblado el presupuesto del Ministerio de Cultura para 1982, lo que no deja de ser una medida audaz en tiempos de crisis económica, parece indicar que no.

Con acopio de datos, referencias, citas, Mitterrand va desgranando las relaciones con el partido comunista, y los argumentos que luego éste esgrimió para romper el programa común de la izquierda. No ignora el ex diputado de la Nièvre la capacidad de pene-

tración del PCF, ni su carácter estalinista; sin embargo, estima que la capacidad de movilización popular de esta fuerza es tan necesaria como indispensable para llevar a cabo cualquier intento de cambio en la sociedad francesa. Hombre de acción más que teórico, pragmático, sabe captar la realidad y aceptarla tal cual es. También León Blum pactó con los estalinistas, aunque cabe recordar que por aquel entonces Europa ignora gran parte de lo que ocurría en Moscú y que, a partir de entonces, la experiencia de entrismo se ha perfeccionado mucho en las filas comunistas.

El PCF no podía permitir la presencia en la escena política de un partido socialista fuerte que le restara el protagonismo de la izquierda. Tampoco los dirigentes del Kremlin veían con buenos ojos, a pesar de los elogios que hacen a la figura de Mitterrand, una experiencia socialista que escapa a los cánones marxistas-leninistas, y que está dispuesta a establecer un tipo de socialismo que no pase ni por los Gulags ni por la supresión de las libertades democráticas. El reto es de envergadura. La tradición mitterrandista se reclama de Jaurés, pasando por el humanismo de Blum, y la tradición republicana. El dilema que se presentaba a la izquierda no comunista no tenía otra alternativa: apoyarse en el partido del señor Marchais, lograr salir a la superficie, establecer una plataforma que garantice el protagonismo y la independencia de acción, único garante de las libertades democráticas, o permanecer divididos y ceder para décadas el gobierno del país a la derecha. Los socialistas galos optaron por la primera solución y han demostrado que su análisis era correcto, y que el peligro comunista era menor, como se ha visto también

por estos pagos, de lo que se temía.

A medida que nos adentramos en estos diálogos van perdiendo su sabor platónico y adquiriendo el tono inconfundible del tribuno indignado. Bulle en ellos *la sangre jacobina* por el cúmulo de arbitrariedades, escándalos financieros, asesinatos, suicidios y limitaciones a la libertad de expresión que jalonan el reinado de D'Estaing.

Mitterrand denuncia la penetración sibilina del giscardiano en los más recónditos estamentos de la sociedad, eliminando de ella la influencia gaullista y lo poco de la presencia socialista que los sucesivos gobiernos de derechas aún no habían logrado barrer.

Desde la Universidad a las escuelas públicas pasando por los prefectos, magistratura, radio y televisión, y cuerpo de aduanas, la purga de cualquier oposición a Giscard d'Estaing ha sido implacable. Junto a ello, el escándalo de los diamantes y las relaciones privilegiadas que Giscard mantuvo con el sanguinario Emperador Bokassa I. Durante meses el Elíseo hizo oídos sordos a la información que la oposición le cursaba respecto a las represiones brutales que Bokassa llevaba a cabo en su país, hasta que saltó a la prensa el asesinato masivo de más de cien chicos.

Otro punto oscuro de la era Giscard, y que saca de quicio a Mitterrand, es la muerte de Jean de Broglie. Asesinado por las calles de la capital por unos truhanes a sueldo, las explicaciones que dio el entonces Ministro del Interior, Ponia-towski, amigo personal de la víctima y hombre de confianza del Presidente de la República, no dieron satisfacción a nadie.

El proceso de esta muerte, cuyos móviles son desconocidos, se está desarrollando actualmente, y podrían verse implicados altos responsables del gobierno anterior.

Pero junto a estas críticas de forma, a lo largo de las páginas de *Aquí y ahora*, el actual Presidente de la República vecina va desgranando su pensamiento político. La visión del mundo y el tipo de sociedad que propone a sus contemporáneos. Unas relaciones humanas basadas en el respeto, la descentralización política de la nación más centralista de Europa. Terminar con el Estado napoleónico que ahoga a las diferencias regionales, culturales, étnicas, y devolver al país su propia personalidad. Tiene François Mitterrand vuelos de innegable lirismo cuando habla de la naturaleza, cuando rememora su infancia en el campo, el olor de las plantas, del ciemo, de los animales, el sudor en verano cuando se hace la cosecha, los árboles floridos en primavera y los caminos fangosos en otoño. El respeto por la naturaleza, por las relaciones humanas, el placer de la vida en su más amplia acepción, la no alienación por la sociedad industrial y monetaria; he aquí algunos de los temas que nos va descubriendo ese poeta que no deja nunca de ser François Mitterrand.

La finalidad de la política no es solamente la toma del poder, la pasión por el poder, sino el poder como medio para transformar la sociedad, para crear entre los hombres un tipo de relaciones más humanas, más justas. Un tipo de relaciones en las que la gran masa no se vea marginada, sino que hay que hallar las formas de movilizar ese potencial humano que está ahí, que no halla los cauces para realizarse. La política

abarca los aspectos jurídicos de la convivencia, pero paralelamente hay que fomentar la iniciativa, las asociaciones con un fin determinado, cultural, deportivo, estético, de protección, de ayuda al prójimo, velar por la defensa de las libertades, no perder nunca de vista que lo que se adquiere, las libertades, los privilegios, es preciso defenderlos constantemente; es preciso no perder de vista que, constantemente, acecha a la sociedad el peligro de perder las libertades más elementales. Un libro de reflexión, cantera de ideas, sugerencias, proyectos, cuya lectura no puede dejarnos impasibles.

(*) François Mitterrand: *Aquí y ahora*. Ed. Argos-Vergara. Barcelona, 1981.

UN IMPORTANTE ALEGATO EN FAVOR DEL SOCIALISMO DEMOCRATICO

M. Sánchez Ayuso

Después de una época conservadora, de una *ola* derechista consiguiente al primer impacto de la crisis económica mundial que se inicia convencionalmente en 1973, se abren nuevas perspectivas para la izquierda; y en este orden de cosas, la victoria de los socialistas franceses supone una esperanza y significa que ni los programas socialdemócratas ni los socialburócratas tienen un futuro hoy en día. El laborismo británico desarrolla